

GANADORA DEL PREMIO HUGO. AUTORA DE RIMRUNNERS Y CYTEEN

C.J. CHERRYH



TIEMPO MUERTO

Dos mineros independientes, Morris Bird y Ben Pollard, localizan una nave a la deriva, con su instrumental destruido. En su interior se encuentra un superviviente, Paul Dekker, debilitado por la escasez de soportes vitales y enloquecido por el sufrimiento y la soledad. Ha perdido a su compañera, sus sueños se han visto brutalmente destruidos.

No se terminará ahí el calvario de Dekker: de regreso a la base estelar, el monopolio minero ASTEX le acusa de piratería, por encontrarse en un sector que no le correspondía; pero además, de negligencia criminal, por la desaparición de su compañera. Regresar a la lucidez sólo supondrá para Dekker una lucha en solitario para reivindicarse... aunque ello signifique poner al descubierto los sórdidos manejos de ASTEX.

Tiempo Muerto es una apasionante novela futurista y una aguda reflexión sobre el poder y su abuso. Una obra tensa, con unos personajes dibujados con sutileza y verosimilitud, excelente muestra del talento de Cherryh.

1

Era un lugar solitario, esta remota depresión del Cinturón, un lugar donde, si las cosas iban mal, se pasaba realmente muy mal. Y el sonido más solitario de todos era ese débil y lento pitido que significaba que una nave se encontraba en apuros.

A veces sonaba, a veces no.

–Se mueve –dijo Ben cuando lo oyó por primera vez.

Pero Morrie Bird pensó: «Está cayendo», y cuando Ben hubo conectado la probable configuración del objeto y preguntado al ordenador, eso fue lo que este dijo. Lo dijo en cifras. Bird lo vio mentalmente. Cuando uno se había pasado treinta años siguiendo rocas y escuchando las débiles voces numéricas de trozos desprendidos, faros y naves indistintas y lejanas, sabía ese tipo de cosas. Uno podía imaginar de qué se trataba antes de que el ordenador lo construyera.

–Tiene que estar estropeada –dijo Ben Pollard.

La cara de Ben tenía aquella expresión penetrante y ansiosa que exhibía cuando estaba calculando algo que deseaba de manera especial.

Un hombre nervioso, Ben Pollard. De veintidós años y hambriento, era un chico del Cinturón que solo dos años después de haber salido del Instituto de ASTEX acudió a Bird con un cheque de 20 k en la mano; no había sido fácil, pues el seguro de su madre tenía que haber pagado su manutención y su escolaridad. Ben se lo había gastado equipando la *Trinidad* y se había inscrito como su hombre

de números; y en una época en que gran parte de los nuevos tenía algún asunto de Actitudes y esperaba algo por nada, a ver si Ben no iba a utilizar a un veterano en su «Un intento más» y su: «Bird, conseguí un ángulo...».

Con respecto a esta señal de que alguien tenía problemas, no era difícil imaginar los números personales de Ben. Este se hacía las mismas preguntas que se hacía un anciano en el fondo de su alma hipotecada: ¿A qué distancia está? ¿Quién tiene problemas? ¿Están vivos? Y... ¿Qué dice la ley sobre salvamentos?

Así que llamaron a la Base y comunicaron a Mama que recibían una señal de socorro, ¿la habían oído?

La Base no la había oído y el sistema interior ECSAA no la había recogido de entre todos los pitidos y ecos de trozos de roca y naves que había en el Cinturón. La Base tardó un poco en pensar, dio su aprobación a un rumbo y les envió nuevas cartas de navegación del sector, con las que Mama era extremadamente tacaña; Mama dijo: «Despejado para uso de la radio», y: «Actuad con precaución. Buena suerte, Dos veintinueve Tango».

Qué misterioso, la Base no había oído aquella señal... que ella decía correspondía a un sector vacío. O sea, que alguien se hallaba fuera de su rumbo. Uno permanecía despierto y pensaba en todos los nombres que conocía, la gente que podría estar allí en aquellos momentos, buenos amigos entre ellos; y uno se preguntaba qué podía haber sucedido y cuándo. Las rocas podían hacer resonar una señal. Muchas naves podían perderse. Aquel transmisor debería ser el normal de 5 vatios, pero uno que se estuviera agotando podría engañar; y, en una situación comprometida, a una velocidad verdaderamente temible, sobre la que también se podían tener segundas ideas, se tenían muchas cosas en la cabeza.

La regla era que la Base seguía la pista de todo lo que se movía en el espacio. Si la radio se estropeaba, se lanzaba una señal de socorro en el emisor de emergencia y se

esperaba a que Mama diera instrucciones claras sobre cómo iba a sacarle de allí; no se esperaba que nadie fuera en busca de uno. En la actualidad, nadie salía del sector que se le había asignado sin que Mama confirmara el rumbo y nadie utilizaba una radio para charlar a larga distancia con los amigos. Si uno se perdía en la oscuridad, seguía estrictamente las reglas y reclamaba la atención de Mama.

Aquella señal fantasma lo estaba haciendo, de acuerdo, pero Mama no la había oído... y debería haberlo hecho. Mama decía que podía ser una señal muy débil; estaban haciendo cálculos sobre el efecto *doppler* para tratar de averiguarlo... Mama afirmaba que no la oía salvo con su relé, y eso indicaba más bien que estaba cerca.

O, había dicho Mama, su recepción podría tener algún problema técnico, lo cual significaba algún fallo en el *software* de los grandes reflectores, pero Mama no hablaba de cosas así con los mineros.

Mama no hablaba de mucho más con los pobres sucios mineros.

—¿Recuerdas a aquellos piratas aéreos? —preguntó Ben, despertando en plena vigilancia de Bird.

—Sí —respondió Bird, poniendo el servomotor del mantenimiento; apretó un tornillo y añadió—: Conocía a Karl Nouri.

—Bromeas.

—Hace veinte años. Ya lo creo, bebía con él. Era un tipo agradable. Él y su compañero.

Eso irritó a Ben, con toda seguridad. Ben volvió a meterse en su *spinner* g-1 y lo puso en marcha de nuevo. Pero al cabo de un rato, lo paró, salió, avanzó con su traje y su guardapolvo y desayunó, sin afeitarse y ojeroso.

Era vergonzoso perturbar el descanso del joven compañero.

Pero recordar a Karl Nouri también trastornó el sueño de Bird.

En la actualidad nadie hacía piratería aérea en el Cinturón; la empresa había borrado del mapa a Nouri y a sus compañeros, les había barrido al infierno que merecían, pidiendo ayuda con una falsa señal de problemas, matando a tripulaciones, deshojando diarios de vuelo por si hallaban algo valioso y desmantelando naves para aprovechar las piezas útiles...

La operación de Nouri había funcionado, durante un tiempo; hasta que la gente empezó a sospechar y a preguntar cómo era que Nouri y sus amigos tenían tanta suerte, siempre daban con un hallazgo, su equipo nunca se estropeaba, sus naves nunca se quedaban sin combustible. Un mantenimiento atento, insistía Nouri. Ellos mismos se lo hacían. Y lo hacían bien.

Pero un compañero suspicaz de la compañía había comprobado los números de las piezas de la nave de Nouri y había encontrado un condensador, recordaba Bird, un maldito condensador de 50 dólares, con un número de serie que correspondía a la nave del pobre Walli Leavitt.

Habían enviado a Nouri y a cinco de sus supuestos compañeros a que los juzgaran en la Tierra, dijeron, reglas de la compañía, aunque muchos habían visto al propio Nouri pasearse por encima del Pozo.

Pero peor que el temor al profundo Cinturón en aquellos días, era la manera en que todo el mundo miraba a los demás en la Base, pensando: «¿Eres uno de ellos? O... ¿Crees que yo podría serlo?».

Una cosa que los habitantes del Cinturón aún discutían era si Jidda Pratt y Dave Marks habían sido culpables junto al resto.

La compañía había dicho que lo eran. Alegaba que tenía pruebas sólidas, y anotó los nombres del joven Pratt y Marks en el mismo libro en el que estaba apuntando el de Nouri.

¡Diablos! Al fin y al cabo, los mineros y los cuidadores que trabajaban por su cuenta no tenían muchos derechos. A la compañía nunca le había gustado tratar con los independientes: había puesto las cosas cada vez más difíciles para los operadores que trabajaban por su cuenta, una vez les había utilizado, y el asunto Nouri había sido el punto decisivo. Se acabaron las perforaciones. Ahora había que documentar cada estornudo, decirle a la Gran Mama exactamente lo que se había encontrado, ellos exploraban si uno llevaba metales encima cuando pasaba por la aduana, y uno llevaba un registro meticuloso por si le acusaban de mala conducta, o bien, Dios nos libre, de operaciones ilícitas o comercio ilícito. Si se ayudaba a un compañero, si se llevaba una batería o un trozo de roca o un radiofaro de respuesta de nuevo a la Base, se anotaba la fecha y la hora y se llenaban los formularios, maldito el bien que se hacía: se pedía al compañero que firmara por un clip de 50 céntimos, si tenía un número de serie, y el chiste malo que corría era que la compañía estaba intentando inventar alguna forma especial para el intercambio de papel higiénico.

Era ilegal conservar las cartas de navegación de tu sector una vez habías atracado: unos agentes de Mama subían a bordo y borraban lo que tenías almacenado; si se les pasaba por la cabeza, los de la aduana podían registrarte por si ocultabas tarjetas de datos y no podías elegir el sector al que irías cuando volvieras a salir; las naves se trasladaban, por la naturaleza de lo que eran, se te concedía tiempo muerto, sin excepciones, y Mama no te enviaba a ningún lugar próximo a la misma área. Era ilegal saludar a un vecino en un viaje. Pasabas tres meses respirando el sudor del otro, dos tipos en un espacio de cinco metros de largo por tres metros en la parte más ancha, tan apretados y tan solitarios que se podía oír los pensamientos del otro rebotar en las paredes, pero si un independiente intentaba llamar a otro que se hallaba en otro sector, él y su

compañero eran acusados de comercio ilegal más deprisa de lo que se tardaba en pensar en ello, ya que ahora era ilegal efectuar intercambios aunque ni dinero ni equipamiento cambiara de manos: la compañía se reservaba el derecho a esa información, alegando que los mineros les habían vendido esos datos y que tenía derecho a asignarlos a intereses propios, refiriéndose a los mineros propiedad de la compañía: para sorpresa de nadie, los tribunales se habían puesto del lado de la compañía. Así que también era ilegal, según la interpretación que había hecho la compañía de ese fallo, saludar a otra nave y compartir una botella o intercambiar comestibles o efectuar cualquier otro trato amistoso al que las enérgicas medidas contra Nouri habían dado fin.

Así que cuando le comunicaron a la Base que querían salir del sector que tenían asignado porque existía la posibilidad de que una nave tuviera problemas, Mama tardó un buen rato en darles permiso. La Administración de la Base se parecía mucho a una zorra malhumorada, y uno nunca intentaba decirle a Mama que hacía algo puramente altruista. Mama, en un principio, no se lo creyó, no. Mama sospechaba y comprobó los archivos de un tal Morris Bird y un tal Benjamín Pollard y la nave minera *Trinidad*, para averiguar si la *Trinidad* o algún miembro de su actual tripulación había mostrado alguna conducta extraña o había hecho alguna inversión poco clara en los últimos tiempos.

Entretanto, podían utilizar su radio para hablar con el pitido. Mama se lo permitió.

Y, evidentemente, Mama por fin creyó lo que había oído: la trayectoria de una nave *driver* cruzaba las cartas de navegación que enviaba, lo cual podría muy bien indicar que se había producido un accidente allí, y eso podría hacer disminuir la ansiedad por ir a perseguir esa señal, pero parecía un poco tarde para decir que no: ellos tenían las cartas de navegación, habían visto la situación, no podían

volver atrás habiendo vidas en juego, y Mama había puesto en marcha toda la maquinaria para que fueran a averiguarlo.

Bien.

Mama no podía hacer nada por ellos si resultaba que había algún problema. Les había indicado que no poseía información para darles sobre nadie que se hubiera retrasado o que se hubiera alejado del rumbo, y eso era muy extraño. El siguiente pensamiento natural fue los militares; preguntaron a Mama por ello, pero Mama se limitó a decir negativo desde el mando de la flota.

Entretanto, el pitido proseguía.

Así que Mama redirigió un haz del relé R2-8, les elevó en lo que las cartas de navegación de Mama aseguraban era un rumbo seguro, y ellos persiguieron la señal con las nuevas cartas de navegación que Mama les proporcionó, utilizando el *scope* en todos los lados por si había rocas u otras cosas entorpeciendo el camino; se ofrecía una buena recompensa para quien pudiera demostrar que había un defecto en las cartas de navegación de Mama: si se obtenían legalmente, se podía trabajar con ellas, esa era la regla.

A esta velocidad, solo se rezaba a Dios para que el defecto no apareciera directamente en el camino de uno.

Pero a medida que pasaban los sectores vieron que allí no había más que vacío, nada excepto un par de trozos de roca de la compañía y un independiente en un larguísimo viaje. Las cartas de navegación de Mama eran opresivamente exactas... salvo por el origen de la señal, que parecía débil. Esa era la opinión actual de Mama.

Eso significaba que estaba cerca.

Transcurrieron catorce días de nervios, sabiendo todo el tiempo que se podía producir una gran bola de fuego sin apenas previo aviso.

Naturalmente, en medio de la cena/desayuno y el cambio de turno, el radar por fin captó algo que no estaba en

su carta de navegación, y Bird se quemó con el café.

Cuando vieron la señal en la pantalla, encajaba con el origen del pitido.

—¿Avisamos a Mama? —preguntó Ben.

Bird se mordió el labio, pensando en las vidas y las decisiones notoriamente lentas de Mama y reflexionando sobre las regulaciones que podrían ser aplicables.

—Ajustemos la óptica. No, todavía no tenemos noticias reales. Estamos haciendo lo que Mama nos ha dicho que hagamos. Me parece que podemos hacerlo sin su ayuda. No hay mucha diferencia. Y, en serio, no quiero que Mama me aconseje mientras estamos trabajando eso. Ya será bastante difícil así.

—Lo has entendido —dijo Ben con una leve exclamación nerviosa. Colocó los dedos sobre el teclado y empezó a hacer cálculos.

—Parece como si hubiera cogido una roca —dijo Bird, señalando aquella profunda sombra en el medio de lo que debería ser el depósito externo número uno.

—Eso parece —Ben había estado alegre desde que la óptica había confirmado la forma de una nave minera—. Lo que es seguro es que no tiene buen aspecto.

—Eso seguro. Intentémoslo otra vez, a ver si podemos procesar un número de serie de ese pobre diablo.

—Lo has captado —dijo Ben.

Se acercaron. Efectuaron el saludo nave a nave —pues tenían permiso para ello— y siguieron sin recibir nada más que aquel pitido.

Cuando por fin obtuvieron la imagen, no resultó un cuadro agradable a la vista.

—Vaya impacto —murmuró Ben—. Quizás ha sido una roca a alta velocidad.

—Podría ser. Dios mío, los dos depósitos han explotado, ahí, ¿lo ves? Ese tiene todo el costado destrozado.

–No han tenido suerte.

–Un golpe repentino. Un mal ángulo. Muchas ges.

–Un impacto en un lado. Explosión en el otro. Quizá les ha lanzado contra una roca.

–No lo sé. O quizás una sola cosa a 10 ges reales lanzados de repente.

–Encuentro real y súbito con el mamparo. Eso sí que es una auténtica cirugía estética.

–No se habrá dado ni cuenta de lo que les ha golpeado.

–¿Supones que la nave ha chocado con una piedra suelta?

–Podría ser. Mala suerte cósmica, en todo este vacío. Habla de poner tu nombre en ella. ¿Cuáles dicen que son las probabilidades?

–El ciento por ciento para esos tipos.

Otra imagen. Resplandeciendo en blanco al otro lado de las cámaras, un borrón de luz reflejada, designación serial añadida.

–¡Mierda, es un número Uno! Un Cebra Ochenta y cuatro...

No era de su Base. Era de fuera de su zona. Extraños del otro lado de la línea.

Bird dijo:

–La escotilla parece estar intacta.

–No pensarás entrar ahí, ¿verdad?

–Sí.

–Bird, por el amor de Dios, no responde nadie.

–Quizá tengan el receptor estropeado. Pueden haber perdido la radio. O han recibido demasiados golpes para poder responder.

–Quizás estén muertos. ¡No es necesario entrar ahí!

–Ya lo sé. Pero voy a hacerlo.

–Yo no.

–Derechos de material aprovechable, Ben. Creía que éramos socios.

–Mierda.

Para una nave minera, detener un giro era una operación de rutina: la mayoría de rocas daban tumbos; pero los tumbos de un objeto en forma de huso del tamaño de aquel y, excepto los depósitos rotos, su propia masa, era un asunto realmente espinoso. Había que sacar el brazo y el picador, y limitarse a mantener el contacto con la cosa hasta que se conseguía que una y otra se soltaran, mientras los giroscopios manejaban la guiñada y el cabeceo, desgranando dinero con cada estallido de los reactores. Pero en treinta y tantos años, esto se hacía incontables veces y se aprendía a tener cierto tacto. Un cable que coleaba les dio un golpe y asustó a Ben; pasaron un mal rato antes de que la cosa se parara, y más tiempo aún hasta que tuvieron el ojo de buey a la altura de la escotilla de aquella nave extraña centrado para su acoplamiento.

Pero después de todas las dificultades que habían tenido, resultó un contacto suave.

Los amarres sonaron con un ruido seco y dieron un gran golpe.

–Eso es –dijo Bird–. Ya está.

Un largo respiro. Ben añadió con tono reverente:

–Es nuestra.

–No lo sabemos.

–¡Diablos, está salvada!

–Justo detrás del banco.

–Ajá. Aunque sea de la compañía, tenemos un cincuenta/cincuenta.

–A menos que alguien tenga todavía el control de ella.

–Bueno, diablos, seguro que no hay nadie.

–No lo sabremos hasta que lo comprobemos, ¿no crees?

–Vamos, Bird; no tenemos por qué entrar ahí. Es una estupidez.

—Sí.

Bird se desabrochó el cinturón, salió de su sitio dándose un leve impulso, tocó con un dedo del pie la plataforma de giro y retrocedió hacia la cabina.

—¿Vienes?

Ben se desató malhumorado y se dejó llevar hacia Bird, mientras este arrastraba los trajes y empezaba a vestirse.

Ben siguió quejándose por lo bajo. Bird se concentró en su equipo. Bird siempre se concentraba en su equipo, no en adónde iba, ni en lo desagradable que probablemente sería lo que encontrara al otro lado de aquella esclusa de aire.

Y, sobre todo, no se permitía pensar en lo que el material aprovechable podría representar en el mercado.

—Cinco a diez a que es una nave a la deriva —dijo Ben—. ¿Te apuestas algo?

—Su transmisión podría haber dejado de funcionar. Podrían ser muchas cosas, Ben, reprime tu entusiasmo. No te gastes un dinero que aún no es nuestro.

—Ahí dentro habrá un buen desorden. Dios sabe cuánto tiempo hace que ha sucedido. Incluso podría ser una de las naves accidentadas de Nouri.

—El transmisor todavía funciona.

—Los transmisores pueden tener una vida muy larga.

—No si el sistema de mantenimiento de vida revienta. Máximo seis meses. Además, lo que Nouri seguro que se llevó fueron las células fotoeléctricas y el combustible.

El casco de Ben pasó a la deriva entre ellos. Ben lo agarró y se lo acopló.

—Voy a coger la palanca. La necesitaremos para entrar. ¿Haces tu apuesta?

Bird cogió su casco espacial, a su lado, y se lo puso: olía a plástico viejo y a desinfectante. Olía a muchas horas y a muchos momentos fríos.

Este podría ser el comienzo de uno, los dos metiéndose en la esclusa de aire más ancha que profunda, ya bas-

tante claustrofóbica de por sí para el ocupante único para el que estaba diseñada.

Quizá no tenía sentido, empeñarse en acoplar las dos naves. Tal vez fuera incluso peligroso poner barreras entre ellos dos y los sistemas operativos; pero habían perseguido una señal fantasma por el Cinturón durante días; tenían pesadillas relativas a los pobres diablos que no se sabía quiénes eran, y recordaban las propias llamadas finales; bueno, había que ir a verlo con los propios ojos para exorcizar los fantasmas. Si uno iba a contárselo a sus amigos al regresar a la Base (¡y lo haría!), quería haberlo palpado y que el compañero pudiera jurarlo.

Y sobre todo, uno se ponía un poco nervioso cuando el compañero empezaba a excitarse por el dinero e insistía en que eran los dueños de aquella nave.

Muy especialmente desde lo de Nouri y las medidas enérgicas, y desde que la compañía se había puesto tan quisquillosa; se necesitaba que hubiera testigos capaces de jurar ante un tribunal lo que uno había tocado y lo que uno había hecho a bordo de la nave de otro.

Bird cerró la escotilla interior y oprimió los botones que ponían en marcha el ciclo de la esclusa. Se encendió la luz roja, indicando despresurización, y la lectura de salida empezó a descender hacia el cero.

–Material aprovechable –dijo Ben, con voz que sonaba débil a través del intercomunicador del traje–. ¿Crees que aún cabeceará? Si esos depósitos son todo el daño que ha recibido, diablos, solo son un trozo de lata, nada más. No puede ser tan caro. Podríamos hipotecarla, arreglarla... el banco aceptará una nave en reparación como garantía, ¿qué opinas?

–Creo que será mejor que prestemos atención a lo que estamos haciendo. Ya ha habido un accidente; procuremos que no haya dos.

La lectura de salida indicaba presión igualada. Ben daba pequeños saltos, ansioso, hacia delante y hacia atrás

entre las dos paredes de la esclusa. Pero uno nunca se precipitaba a abrir. El oxígeno era caro. El agua también. Incluso con toda la maquinaria funcionando a bordo, el calor era un lujo. Se trataban aquellas bombas y aquellos cierres herméticos como si estuvieran hechos de oro, y si bien los engranajes de seguridad podían dar casi cero como respuesta y permitir abrir en anulación, cuando se hacía, era dinero lo que se derramaba. Uno se acordaba de ello cuando veía las facturas en el siguiente servicio, vaya si se acordaba.

La lectura bajó a menos de 5 mb hacia vacío fuerte, tan cerca como el compresor podía enviarlo. Ben oprimió el botón de abierta escotilla exterior, la esclusa se abrió, descorrió las puertas y les mostró la cara llena de cicatrices y cubierta de polvo de la esclusa opuesta. El indicador de presión en el interior de la nave estaba cubierta de polvo. Bird lo limpió con su guante.

–760 mb. Está llena. Al menos no está agujereada.

Ben golpeó sin producir ruido alguno la escotilla con la barra de acero y apretó su casco contra la puerta.

–Nada –dijo–. Ahí dentro están todos muertos, Bird, te lo digo.

–Ya lo veremos.

Bird le cogió prestada la barra e hizo palanca en la cubierta de seguridad del asa de acceso externo.

No se movió. No había energía en los sistemas auxiliares de la nave.

–No han tenido suerte –dijo Ben alegre–. Están muertos.

Bird abrió con la palanca el panel de la ventosa exterior de la nave abandonada.

–Coge la nuestra, ¿quieres?

–Oh, mierda, Bird.

–¿Nervios?

Ben no respondió. Se impulsó hacia la pared de su propia esclusa para sacar de su caja la cuerda de la vento-